

18.º domingo ordinario B

Cristo os ha enseñado a abandonar el anterior modo de vivir; a renovaros en la mente y en el espíritu. Dejad que el Espíritu renueve vuestra mentalidad, creada a imagen de Dios. (Ef 4,22.24)



Primera lectura

Exodo 16,2-4.12-15

En aquellos días, la comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto diciendo: – ¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda la comunidad.

El Señor dijo a Moisés: – Yo haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi ley o no. He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles de mi parte: "Al atardecer comeréis carne, por la mañana os hartaréis de pan, para que sepáis que yo soy el Señor, Dios vuestro". Por la tarde, una banda de codornices cubrió todo el campamento; por la mañana había una capa de rocío alrededor de él. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo parecido a la escarcha. Al verlo, los israelitas se dijeron: – ¿Qué es esto? Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: – Es el pan que el Señor os da de comer.

Segunda lectura

Efesios 4,17.20-24

Hermanos y hermanas: Esto es lo que digo y aseguro en el Señor: que no andéis ya, como es el caso de los gentiles, que andan en la vaciedad de sus criterios. Vosotros, en cambio, no es así como habéis aprendido a Cristo, si es que es él a quien habéis oído y en él fuisteis adoctrinados, tal como es la verdad en Cristo Jesús.

Cristo os ha enseñado a abandonar el anterior modo de vivir, el hombre viejo, corrompido por deseos de placer; a renovaros en la mente y en el espíritu. Dejad que el Espíritu renueve vuestra mentalidad, y vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas.

Evangelio

Juan 6,24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: – Maestro, ¿cuándo has venido aquí?

Jesús les contestó: – Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna; el que os dará el Hijo del hombre, pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios.

Ellos le preguntaron: – ¿Cómo podremos ocuparnos en los trabajos que Dios quiere?
Respondió Jesús: – Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado.
Ellos le replicaron: – ¿Y qué signo vemos que haces tú para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo".
Jesús les replicó: – Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.
Entonces le dijeron: – Señor, danos siempre de ese pan.
Jesús les contestó: – Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed.

Meditación

La reacción de la gente ante la multiplicación de los panes fue verdaderamente decepcionante. Sigue a Jesús, es cierto. Pero lo sigue casi por mera curiosidad. Maestro, ¿cómo has llegado hasta aquí? O, teniendo en cuenta la respuesta de Jesús, por puro egoísmo: una comida gratuita que los sació. Un seguimiento ineficaz de Cristo.

Esta reacción de la muchedumbre, tal como aquí aparece recogida, se armoniza difícilmente con el entusiasmo que había provocado aquel hecho sensacional de la multiplicación de los panes.

Precisamente de lo que se trata es de centrar la reacción de la muchedumbre en la dirección que Jesús quería provocar. Ni la simple curiosidad o el egoísmo interesado por el pan material, ni el sensacionalismo orientado hacia el dominio terreno, coronando a Jesús como rey para que sacudiese el yugo del dominio extranjero. Reacciones igualmente erróneas.

La reacción verdadera debe orientarse hacia la búsqueda del pan imperecedero. El hecho de Jesús había sido un "signo". No pretendía, en su sentido último, satisfacer el hambre material. Interpretarlo así equivaldría a empobrecerlo sustancialmente. El signo apuntaba hacia algo más importante y que la gente no había comprendido.

Desde el punto de vista teológico, toda la escena se halla orientada hacia la eucaristía. Será necesario hablar con más claridad. Y así se hará en el discurso posterior que explicará sin rodeos y con toda la profundidad posible el sentido del signo realizado.

Jesús habla de un pan imperecedero. Era corriente entre los maestros religiosos ofrecer una doble posibilidad de elección: el pan que alimenta la vida físico-terrena, y el pan que garantiza la posesión de la vida eterna: un pan consistente en la vida obediente, según Dios, que tendría como consecuencia un juicio favorable en el último día y como premio la vida eterna. Esta es la razón por la que aparece aquí el Hijo del hombre, figura misteriosa que se halla asociada al juicio final. Este Hijo de hombre ha venido al mundo con el sello de la aprobación de Dios.

Para centrar más la discusión en la dirección intentada se introduce el tema de las obras, que es preciso realizar. ¿Cuál es la obra de Dios que debemos hacer? Jesús responde: vuestra obra es la fe, la aceptación de Aquél a quien el Padre ha enviado.

Si el Hijo del hombre ha hecho su aparición con el sello de la autenticidad divina, la obra que Dios pide del hombre es la fe. Resulta sorprendente que la gente pregunte por las "obras" que es necesario realizar y Jesús conteste "las obras son la fe...". La obra que el hombre debe realizar es la sumisión o aceptación, que suena a menos pasivo, de la obra de Dios en Cristo.

No estamos ante la célebre cuestión "fe-obras", tal como la plantea Pablo o Santiago. La cuestión fe-obras se resuelve aquí diciendo: la vida eterna no es cuestión de obras (como si la fe no contase para nada) ni de fe (como si las obras no tuvieran importancia), sino que es cuestión de la obra de la fe.